



# La agresión de Putin, un reto para el orden europeo

**Josep Borrell Fontelles**  
Alto Representante para  
la Política Exterior y de  
Seguridad y Vicepresidente de la  
Comisión Europea  
**Domènec Ruiz Devesa**  
Experto en Relaciones  
Internacionales y Diputado  
al Parlamento Europeo

**En Ucrania se está librando una nueva gran batalla por la civilización, que será determinante para el futuro de Europa y de la humanidad. Este acontecimiento, junto con la pandemia (aun no superada), la crisis financiera y del euro, la inestabilidad en el Mediterráneo y Oriente Medio, y el Brexit, así como tendencias estructurales como el calentamiento del planeta, la digitalización, las migraciones y las desigualdades, clausuran la era que comenzó con la aprobación del Tratado de Lisboa en 2007 y llaman a impulsar más la integración europea. Para que Europa siga siendo la parte del mundo que mejor combina libertad política, prosperidad económica y justicia social, hoy, como en 1950, necesitamos esfuerzos creadores a la altura de los retos y peligros que enfrentamos.**

**La invasión** de Ucrania supone por tanto no solo un intolerable acto de agresión a esta nación, contraviniendo el Derecho Internacional, además de importantes acuerdos europeos como el Acta Final de Helsinki, la Carta de París sobre la Nueva Europa y el Memorando de Budapest, sino también un ataque a nuestra seguridad y a los valores que han inspirado la construcción europea. Al cruzar los blindados rusos la frontera de Ucrania, nuestro continente vuelve a una época que creíamos superada, la de la resolución violenta de los conflictos, la anexión de territorios y el intento de alterar unilateralmente una frontera europea.

Es justo lo contrario de nuestra Unión, en la que los distintos

intereses nacionales se armonizan mediante la negociación permanente y la representación directa de la ciudadanía en el Parlamento Europeo, los países se adhieren voluntariamente y no por la fuerza, y los confines se superan de facto mediante el Derecho y por interés mutuo. Si Putin encarna el regreso a la doctrina Breznev de la soberanía limitada, arrogándose el derecho de decidir el destino internacional de Ucrania, Europa es el paradigma de la soberanía

compartida. No por casualidad el proyecto europeo fue considerado por Fukuyama en la década de los noventa como el mejor ejemplo de potencia post-histórica.

Si tuviera éxito la invasión de Putin, nadie estaría a salvo. Por eso la Unión está dando todo el apoyo político, diplomático, financiero, humanitario y hasta militar, con la entrega de armamento, a Ucrania. También exigimos a Rusia poner a fin a los ataques indiscriminados a los civiles (que constituyen

**Si tuviera éxito la invasión de Putin, nadie estaría a salvo. Por eso la Unión Europea está dando todo el apoyo político, diplomático, financiero, humanitario y hasta militar, con la entrega de armamento, a Ucrania.**



# CaixaBank

Comprometidos

con la sociedad

y contigo

En CaixaBank tenemos una manera diferente de hacer banca, basada en la cercanía con las personas, la innovación constante y el compromiso social, con el objetivo de contribuir al progreso de las personas y de toda la sociedad.

crímenes de guerra) y garantizar el funcionamiento de los corredores humanitarios. Apoyamos todos los esfuerzos diplomáticos en esta dirección, así como en lograr un alto el fuego y una negociación justa, incluso en lo que respecta las preocupaciones de seguridad que Rusia pueda tener, pero nunca bajo la amenaza de nuevas agresiones.

### Resistencia ucraniana

¿Tendrá éxito el intento revisionista de Putin de dar marcha atrás en la historia a sangre y fuego? Por ahora todo indica que no. En primer lugar, el inquilino del Kremlin se ha encontrado con una dura y eficaz respuesta por parte de las fuerzas armadas ucranianas, que estaban preparadas para esta eventualidad. Su plan de guerra relámpago ha fracasado, también por insuficiencias propias de carácter logístico y estratégico, e incluso problemas de baja moral en sus unidades. En las primeras semanas de esta desgraciada guerra, Rusia ha sufrido importantes pérdidas materiales (tanques, aviones, etcéteras) y humanas (incluyendo numerosos jóvenes reclutas).

En segundo lugar, la invasión ha cohesionado como nunca antes a los que considera sus enemigos – Europa y Estados Unidos –, y a la amplísima mayoría de la comunidad internacional, como quedó de manifiesto en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta unidad de acción europea y atlántica se ha concretado en varios paquetes de sanciones personales, (incluyendo al propio Putin) financieras (congelación del 40 % de las reservas de su Banco



Central, por valor de unos 255.000 millones de dólares) y comerciales, que han desconectado a Rusia de la economía internacional, pagando un altísimo precio en nivel de vida (inflación del 10%, tipos de interés del 20%, paralización durante semanas de la cotización bursátil, fuga de empresas y capitales, etcétera). Nunca antes la UE había hablado el lenguaje del poder como ahora, ni aplicado su poder duro.

Pero hay que hacer más. Hemos dado mil millones de euros en ayuda militar a Ucrania, lo que puede parecer mucho. Pero esa misma cantidad la hemos entregado durante muchas jornadas a Rusia por nuestras importaciones energéticas, lo que supone 35.000 millones de euros en los primeros 40 días de guerra, financiando así la maquinaria bélica de Putin. Esa gigantesca diferencia obliga a reducir nuestra dependencia energética de Moscú. Por eso el 6 abril de 2022 anunciamos la propuesta del fin de la compra de carbón ruso, y en cuanto sea posible habrá que hacerlo

también con el petróleo y el gas.

En todo caso, las acciones de Putin, quien llevaba años tratando de dividir a los europeos y a Occidente en alianza con movimientos autóctono de extrema derecha y sus maniobras de desinformación, han, en cambio, revitalizado a la OTAN e impulsado el nacimiento de la Europa geopolítica, con la activación de la Facilidad Europea de la Paz para suministrar armamento a Ucrania, lo que por cierto también está teniendo un impacto positivo en su capacidad de resistencia ante el invasor, a la que nos hemos referido más arriba, y una voluntad de poner más en común nuestras capacidades defensivas, como apuntado en la Cumbre de Versalles.

La agresión a Ucrania pone también de relieve que la paz no es desgraciadamente el estado natural de las cosas, aunque así lo creyeran las generaciones de jóvenes europeos que no conocieron los horrores de las dos guerras mundiales. Hemos de invertir más en nuestra seguridad y

unir nuestras capacidades, con la creación de una fuerza de intervención rápida de no menos de 5000 efectivos, o la activación del artículo 42.2 del TUE que prevé el establecimiento de la defensa común, lo que complementa y refuerza a la Alianza Atlántica. No siempre nuestros amigos americanos estarán en disposición de intervenir, y nuestra toma de decisiones en política exterior debe ser más eficiente. La Unión debe estudiar cómo adaptar la regla de la unanimidad para facilitar el rol geopolítico que quiere jugar.

Asimismo el refuerzo geopolítico de Europa se empieza a manifestar en otras e importantes dimensiones. Si la pandemia trajo el comienzo de la unión sanitaria, con la compra conjunta de vacunas y una unión financiera y fiscal embrionaria, con el plan de recuperación basado en deuda común a amortizar con futuros gravámenes paneuropeos, la guerra de Putin puede darnos, además de la unión de la política exterior y la defensa, la unión de la energía, la unión migratoria y, seguramente, una unión política más fuerte. Unas nuevas uniones que también plantean el debate de hacer permanente el Plan de Recuperación para Europa y el mecanismo de la deuda europea.

La unión energética acelerará la transición ecológica y la neutralidad climática, pero también reducirá nuestra dependencia del gas, el petróleo y el carbón que importamos de Rusia, y abrirá el camino a nuevas interconexiones de gas natural y licuado pero también hidrógeno verde (especialmente importantes para España), la compra conjunta

de energía y por tanto abaratación de los precios, y reservas estratégicas europeas de materias primas. Por una vez la geopolítica y la lucha contra el cambio climático se dan la mano.

El éxodo de refugiados provenientes de Ucrania, que puede llegar hasta cinco millones, pone delante del espejo a aquellos que en el pasado se han negado a acoger refugiados de Siria, Irak, Eritrea o Libia, y hoy reclaman un sistema de recolocación solidario de los solicitantes de asilo entre los Estados miembros. Pero este principio no puede ser una *tantum* sino que debe orientar estructuralmente el conjunto de la política europea de inmigración y asilo.

**La agresión a Ucrania pone también de relieve que la paz no es desgraciadamente el estado natural de las cosas, aunque así lo creyeran las generaciones de jóvenes europeos que no conocieron los horrores de las dos guerras mundiales.**

Todas estas nuevas uniones pueden ser respaldadas institucionalmente en el marco de las propuestas en discusión en la Conferencia sobre el Futuro de Europa (la cual cobra una nueva dimensión), de modo que la toma de decisiones respecto de estas nuevas capacidades europeas tenga una plena legitimación democrática y parlamentaria, sin que quepa descartar la reforma de los Tratados. Particularmente porque la perspectiva europea de los Balcanes Occidentales, Ucrania, Moldavia y Georgia, requerirá necesariamente un refuerzo de nuestra unión geopolítica, tanto

en lo que respecta al papel del Parlamento Europeo como al funcionamiento del Consejo por la regla de la mayoría. Una ampliación sin profundización nos llevaría a la parálisis institucional, y nuestra Unión no puede funcionar solamente a base de choques sistémicos, como la pandemia y la guerra en el Este de Europa. Sin duda estos tienen una proporción histórica (sin *ditirambo*) afectando de manera radical a nuestro modo de vida.

En Ucrania se está librando una nueva gran batalla por la civilización, que será determinante para el futuro de Europa y de la humanidad. Este acontecimiento, junto con la pandemia (aun no

superada), la crisis financiera y del euro, la inestabilidad en el Mediterráneo y Oriente Medio, y el Brexit, y tendencias estructurales como el calentamiento del planeta, la digitalización, las migraciones y las desigualdades, clausuran la era que comenzó con la aprobación del Tratado de Lisboa en 2007 y llaman a impulsar a la integración europea. Si queremos que Europa siga siendo la parte del mundo que mejor combina libertad política, prosperidad económica y justicia social, hoy, como en 1950, necesitamos esfuerzos creadores a la altura de los retos y peligros que enfrentamos. **TEMAS**